

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

El infierno de los amantes

ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ

El infierno de los amantes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO
DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

RECTORA

Tania Hogla Rodríguez Mora

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL Y EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Fernando Francisco Félix y Valenzuela

RESPONSABLE DE PUBLICACIONES

José Ángel Leyva

El infierno de los amantes

Adriana Azucena Rodríguez

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno



COLECCIÓN NARRATIVA

Rodríguez Torres, Adriana Azucena, autora.

El infierno de los amantes / Adriana Azucena Rodríguez. — Primera edición. -- México : Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2022.

101 páginas ; 23 cm. — (Narrativa)

Reproducción digital, originalmente publicado en 2017.

ISBN 978-607-9465-46-9 (Impreso)

ISBN 978-607-9465-77-3 (ePub)

1. Cuentos mexicanos. — 2. Minificción. I. Título.

LC PQ7298.41.Z83

Dewey 808.8

El infierno de los amantes.

Primera edición electrónica 2022

D.R. © Adriana Azucena Rodríguez Torres

D.R. © Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Dr. García Diego, 168,

Colonia Doctores, alcaldía Cuauhtémoc,

C.P. 06720, Ciudad de México

ISBN 978-607-9465-77-3 (ePub)

publicaciones.uacm.edu.mx

Esta obra se sometió al sistema de evaluación por pares doble ciego, su publicación fue aprobada por el Consejo Editorial de la UACM.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, en cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, sin hacerse acreedor a las sanciones establecidas en las leyes, salvo con el permiso expreso del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección son propiedad del editor.

Hecho en México

Mar muerto

Yo no sabía de este movimiento de ola. Nunca estuve en la playa pero sé que el mar es una sensación como ésta: balancearse, disolverse, volver al origen, a la oscuridad que no atemoriza. Hacerte uno con esa misma oscuridad.

Antes de mi nacimiento fui poco menos que una onda pequeña y suave. Mi madre me contaba que conoció el mar mientras me concibió. En realidad un camionero amargado se la llevó a los quince años. Ojalá el muy desgraciado la hubiera devuelto a su casa y después se hubiera largado para no regresar nunca más: la suerte no estuvo de nuestro lado. Dice ella que yo, en su panza, fui muy latoso, que me movía como las mojarras que escoges en las pescaderías. Ahora puedo acordarme de esos meses, claro, pero ahora estoy muerto. Estaba muy a gusto flotando en su barriga mientras ella iba a la escuela. Quería terminar la secundaria y a pesar de su embarazo no quería que el camionero regresara. Las oleadas oscuras se llevan parte de mí, como pasaba en esos días, pero a la inversa: entonces yo me formaba de ella.

Así es como cuento mi historia, a ver si alguien más la cuenta y habla del cabrón de mi padre, que regresó por mi madre dos meses antes de que yo naciera, para pegarle a

gusto y romperle sus cuadernos, para humillarla. Ya con el permiso de sus padres que la vieron con la boca hinchada y no hicieron nada, con la aprobación de mi abuela, que nunca intervino para defender a una chica de quince años que traía a su nieto en el vientre. Y resultó que todos me quisieron mucho: que era el consentido de mi padre, que su mamá me compraba chocolates y me llevaba a misa con ella, que para mis abuelos maternos yo era el más bonito. Pero a ella, a ella sí le llovían las palizas un día sí y otro también. Aunque se volviera a embarazar seis veces.

De esos seis se le murieron dos, que ahora parecen hablarme y decirme que los acompañe, que ya estuvo, que nuestro padre nunca aceptará su responsabilidad por nuestra muerte, que ellos lo intentaron apareciendo en sus pesadillas, pero que él aprendió desde niño a olvidar sus sueños aunque lo hacían gritar dormido. Para ellos es más sencillo: murieron al nacer; yo me quedé a oír los quejidos ahogados después de esos golpes secos, certeros. Yo quise pedir ayuda sin saber cómo, y sin que me escucharan, en la escuela y en cualquier lugar donde pudiera gritar y patear para que me vieran violento. Todo fue inútil: la escuela, los maestros y los policías, incluso hacerme su cómplice por temor y conveniencia. Inútil como mis hermanos muertos que me dicen que ya estuvo.

Estoy bien, flotando y escuchando el agua bombear y lavarme. Me hacía falta limpiar mis manos que tocaron de todo: el resistol amarillo que nos poníamos en los dedos y en botellas de plástico para disimular que lo inhalábamos en la calle, las cosas que me robé para comprarlo, las nalguitas de mis hermanas por debajo de sus calzones. Y sólo tenía once años, cuando los años son demasiado largos y faltan muchos para poder huir. Necesitaba refrescar mi cabeza que se encendía como una olla exprés y terminaba golpeando a todos: a mis hermanos chicos y a mis compañeros de escuela, a la banda que me respetaba porque le ponía sus putazos a cualquiera, hasta a mi padre